

Ante unas fotos antiguas del Hospital del Obispo

Las crónicas escritas cuando hacíamos de peregrinos por esos caminos de la estepa madrileña y toledana o por los quebrados campos del valle del Tajo y de la Jara, que sirven de sotomonte a las repentinas cuestras de la sierra de Altamira y a los profundos valles del Gualija y del Guadarranque, aquellas crónicas repito, trataban de incluir en su relato también un estudio del paisaje por el que transitábamos. Porque hemos sentido los campos de forma apasionada, hemos vivido absorto mientras caminábamos, sumido en su envoltura vegetal y en su configuración geológica; hemos amado y también hemos sufrido en ellos. Pienso que, sólo se ven bien los paisajes cuando han servido de fondo o escenario para *el dramatismo de nuestro corazón*. Ha pasado el tiempo, hemos avanzado por la vida, y parece como si llevásemos a la rastra el conjunto de los antiguos paisajes esenciales como un tramoyista lleva sus decoraciones y bastidores para soportarlas.

En aquellas crónicas intenté algo diferente a la descripción de un repertorio de lugares por los que pasábamos, sin lograrlo tal vez. Así, no me contentaba con la descripción y mención de los pueblos, ríos, arroyos, cerros, páramos o ruinas que encontrábamos, trataba de hacer un análisis de la estructura del paisaje que acabábamos de contemplar, - alguien comentó acerca de aquellas que expresaban algo del alma del grupo de peregrinos. En efecto, se podría afirmar que los paisajes son organismos, por lo que se podría hablar de su anatomía y fisiología. En los paisajes no sólo hay cosas, una casa, un río, un puente, un hospital..., sino que estas cosas podrían ser consideradas como los órganos del paisaje, los cuales ejercen funciones propias como lo hacen las diferentes componentes de los organismos.

Es verdad que desde hace tiempo, aunque hemos seguido de trotamundos, no nos hemos entregado a ningún paisaje nuevo. Conforme se avanza en la vida, parece como si uno sintiese pudor por la carga, la riqueza, acumulada con el paso de los días, de los años, y por ello uno se vuelve exigente y no se entrega a cualquier impresión pasajera, a cualquier paisaje que se le presente, sino que se reserva para darse, para buscar, lo sutil que pueda aparecer en algunos de ellos.

Esta menor frecuencia y quizás mayor dificultad para mostrar las emociones ante los paisajes con los que nos cruzamos al caminar por los campos, da a entender que la vida, al hacer uso del sentimiento, comienza a endurecer el corazón, a embotarlo. Pero a poco de pensar esto, de manera súbita, repentinamente, llega una ráfaga que nos despierta las emociones como antes no las habíamos sentido. Y es que la vida cuando sigue alerta, no endurece, sino que afina, se hace más sutil. Esto es lo que me hace pensar que a veces se pase sin pena ni gloria por los paisajes..., pero que se vuelva con fuerza sobre uno de ellos por el que se camina al caer la tarde, contemplando el cielo rojizo del crepúsculo y sintiendo las bocanadas calientes del viento que se levanta por

las térmicas en la llanura o se enfila en los valles como viento de ladera, o se mira al mar dando pedales como describe Marisa en su insuperable aventura en el Algarve.

En estos días del estío madrileño, al regreso de un largo viaje por tierras americanas, ordenaba papeles, digitalizaba fotografías, ojeaba algún libro que esperaba su turno a ser leído desde los lluviosos días de la primavera, cuando entre tanto afán por poner en orden las cosas cotidianas, como si quisiera ordenar con ello el discurrir de afectos, ideas y emociones, me tropecé con unas fotografías que hice nada menos que el mes de agosto del año 1976, a las ruinas del familiar y tantas veces contemplado en el paisaje del Valle, por nosotros, Hospital del Obispo. A la vista de estas fotografías en blanco y negro de hace treinta y cinco años, me surgieron las líneas que escribo y que acompaño a las fotografías.

¡Cuántas veces hemos pasado estos años por delante de las ruinas rehechas en parte del histórico hospital! Y siempre que hemos pasado por allí hemos tomado lo que queda de este edificio como una cosa del paisaje del Valle, sin la cual la hondonada que se abre entre el cerro Carbonero y el Camorro de Navalvillar, por la que hay que pasar para ascender al puerto de la Cereceda, sería otra cosa, tendría otras connotaciones muy diferentes a las que perviven en el ánimo del que pasa, con algo de ilustración al respecto, como peregrino hacia Guadalupe. Pues bien, contemplando las tres fotografías que hice un mes de agosto de hace treinta y cinco años, vuelve a mi memoria el viaje de aquel día.

Una tarde de finales de agosto iba a Guadalupe con mi mujer y mi hijo mayor de poco más de un año. Venía de trabajar en la central nuclear inconclusa de Lemóniz del País Vasco, en el que habíamos vivido durante casi todo el año las primeras manifestaciones del nacionalismo, que nos hacía incómoda la estancia en el mismo.

Es verdad que los que viajaban en coche a Guadalupe desde Villar en aquel tiempo, elegían otro camino diferente al que en aquella ocasión decidí hacer, lo hacían bien por Alía o bien por Bohonal de Ibor, pero en aquella ocasión quería enseñar el lugar por el que caminábamos cuando hacíamos el camino a pie. Habían pasado bastantes años desde la última vez que lo hice andando, pero sabía que transitar en coche por aquella ruta era una aventura, pues la carretera, una entelequia de ruta, era una senda con dos veredas de grava cuarcitosa, mantenidas por los tractores que por allí circulaban muy de vez en cuando, entre las que se elevaban las matas de jara, que rozaban sin cesar con los bajos del coche.

Pasamos por Carrascalejo a primera hora de la tarde, el viento de ladera se había levantado y la gente en las eras se afanaba por lanzar con bieldos hacia el cielo la mies trillada. Las pajas brillaban como luciérnagas al sol de aquellas horas al ser llevadas en volandas por la suave brisa que soplaba. Cuando alcanzamos la Nava era media tarde, que en aquellas fechas presentaban también sus reducidas eras los montones de paja y de mies trillada, y junto a ellos algunas hacinas de centeno por trillar en donde los haces ordenados con sus espigas al interior parecían sillares de monumentos megalíticos. Recuerdo que pensé que la escasa riqueza en cereales arrancada con esfuerzo

sobrehumano a aquellas ásperas tierras estaba esparcida por las eras, de esta manera los caseríos se veían entonces como nadando en el mar de la abundancia de la recolección veraniega, pero que pronto aquellas eras dejarían de presentar las parvas, las hacinas, las granzas, los bioldos, las barandas, los harneros y los solares serían barridos, y con ello presentarían como faz otoñal la oscura tierra y los pueblos volverían a recogerse en su ostracismo. Cuando llegamos al Valle detuve el coche bajo los álamos que crecían junto a la fuente. Caía la tarde, el niño dormía. Nos bajamos para contemplar las ruinas del Hospital e hice las fotos.

En diferentes ocasiones había llegado a este lugar antes de ser de día, la costumbre que se seguía, cuando se hacía a pie el camino, era salir de la Nava de madrugada, con lo que se alcanzaba el Hospital antes del amanecer. Cuando se llevaba a efecto de este modo la marcha, se percibía el edificio como una mancha oscura si la Luna no alumbraba, en cambio en el caso de luna llena aparecía su techumbre en ruinas como una lona agujereada, que por los huecos se colaban los rayos del astro, presentando entonces un espectáculo digno de la mejor leyenda romántica imaginada. Recuerdo que siempre sentí frío en aquel lugar de parada obligada, la hora intempestiva, la humedad del valle, el quedarse quieto, pues se tomaba un tentempié antes de subir el puerto de la Cerecera, todo ello hacía que el destemple que produce la tranocheda se sintiese en los huesos. Sin embargo el lugar ejercía sobre mí una especial atracción, había oído relatar historias del Valle al abuelo, él hizo con frecuencia esa ruta, pues no en vano era de Guadalupe e iba con asiduidad a su pueblo, su padre y sus hermanos vivían allí. Le oí relatar historias de cabreros, de bandidos, de peregrinos perdidos, de carboneros, relatos que habría oído contar a sus abuelos, relatos unas veces fieles a los hechos y otras veces inventados o con añadidos al transmitirse de generación en generación, para de esta manera convertirse en leyenda. Algún día habrá que escribir las leyendas de la sierra del Hospital.

Arturo Álvarez Álvarez ha escrito un libro¹ con historias de peregrinos a Guadalupe, donde se describen las peripecias por estas sierras de gentes que iban a Guadalupe en épocas pasadas. Estas peripecias, reales, son las que Álvarez ha investigado y recopilado en su libro, nos las presenta de tal manera que debemos tomarlas como hechos que ocurrieron, como hechos históricos; pero al mismo tiempo que estos sucesos dejaron datos fehacientes en los que se apoya el autor del libro para escribirlo, también debieron dejar huella esos mismos hechos en el sentir de las gentes de entonces, los cuales transmitirían sus impresiones, sus recuerdos, en forma de relatos a sus hijos y nietos, y éstos a los suyos, así por generaciones, y estos relatos son los que han dado lugar a las leyendas, cuentos, “historias” que conocemos. Ambas vías de transmisión de los hechos tienen sentido para el caminante, la historia como ciencia permite un conocimiento cierto de lo que ocurrió, los relatos son el alimento del corazón, son la aureola de las cosas presentes en el paisaje. El caminante al tiempo que va de un sitio para otro le interesa no sólo la connotación científica de su destino, sino la emoción que le produce el llegar a él, a la vez que el disfrutar, el sentir el paisaje por

¹ *Guadalupe en los clásicos y en viajeros antiguos*. Por Arturo Álvarez Álvarez

donde pasa, el considerar las cosas que hay en él como partes de ese organismo que es y que señalaba como tal realidad al principio de este relato.

También publicó Arturo Álvarez Álvarez un magnífico trabajo² sobre el origen y avatares seguidos por el edificio acerca del cual hice las fotografías hace treinta y cinco años. Sobre este trabajo ya se incluyó algunos comentarios en la crónica que escribí en el otoño del 2009 (**Mármoles_Hospital_3**, 5/12/2009). Reproduzco aquí algunos pasajes de lo que quedó dicho en aquella ocasión:

“Pero fue el hijo de éste (de Alfonso XI), Pedro I (1350-1369), el que movido por su devoción a la Virgen pidió al prior de Guadalupe que en el valle de la Cerezeda, a la vera del camino romero del norte de Castilla, hiciese una venta para él, cuando pasara por allí, y para recoger a los peregrinos que iban a Guadalupe. El documento donde se hace esta petición fue escrito en Sevilla el 12 de octubre de 1360. Uno de los párrafos iniciales del documento dice: **“... E otrosí por quanto todas las gentes de mis Regnos han muy gran devoción en la dicha Eglesia, e vienen ally en Romeria muchas gentes continuamente por gran devoción que en la dicha Eglesia han; E por quanto desde la dicha Eglesia hasta Villar, tierra de Talavera, son grandes Montañas e muy yermas, e sin poblado alguno, e los Romeros que por y pasan non fallan viandas nin lugar poblado do se puedan acoger. E yo sope que por mengua de viandas e por non haber poblado do se acojan los que por y pasan, que peligran e mueren en aquel Camino; e yo por esto tengo por bien e mando a Toribio Fernandes, mio Clerigo e Prior de la dicha mi Eglesia de Santa Maria de Guadalupe, que faga una Venta en que falle yo posada para mi e para los que conmigo vinieren quando por y pasarse, e para los Romeros que vinieren en Romeria a la dicha Eglesia. E esta Venta que la faga a do dicen el Puerto de la Cerezeda, en el lugar do el entendiere que mas cumple e do yo mande que lo ficiese; e dicha Venta que yo mando fazer que la llamen siempre la Venta del rey”...**

² *El Hospital del Obispo en el camino romero a Guadalupe*. Por Arturo Álvarez Álvarez

Añado algo más de lo dicho en aquella crónica citada: **Mármoles_Hospital_3** (5/12/2009):

“Durante el siglo XV se construyen los hospitales de peregrinos de la Misericordia en Talavera de la Reina, y de la Piedad en Villar del Pedroso (1470). En el puerto de la Cereceda existían el palacete y la Venta del Rey, pero al parecer en mal estado de conservación, puesto que en 1500 el obispo de Canarias decide hacer un hospital de peregrinos en este lugar.

Por un momento viajemos en el tiempo hasta aquel día tres de diciembre de 1500, y entremos en la habitación donde tenía el despacho el escribano e notario público de la dicha villa de Talavera, **Sancho Fernández de Treviño**. ¿Quién se encontraba allí presente? Pues según nos relata el escribano, estaba el corregidor y justicia mayor de Talavera y su tierra **Sancho de Villarroel** con algunos testigos más para escuchar al obispo de Canarias **D. Diego de Muros**, que traía un mandamiento del Arzobispo de Toledo, fray **Francisco Ximénez de Cisneros (el Cardenal Cisneros)**, por entonces confesor de la reina Isabel, para que se atendiese la petición que le había hecho Diego de Muros. Para comprender todo esto hay que tener presente que Talavera y su tierra desde el 25 de Junio de 1369 había perdido de manera definitiva, en virtud de un privilegio de Enrique II (el de Trastámara), su condición de villa de realengo para pasar a formar parte del señorío de los preladados de Toledo. Por lo tanto todo lo que se llevara a cabo dentro de su jurisdicción debía ser aprobado en Toledo. Es de suponer que el obispo de Canarias contaría a Cisneros su proyecto de hacer un hospital de peregrinos en el Camino Real de Castilla a Guadalupe, y éste le dio el visto bueno. Como ese territorio era de la Tierra de Talavera, el secretario del Arzobispo, **Sebastián de Paz**, le preparó el mandamiento y con él se presentó Diego de Muros en Talavera.

El mandamiento decía entre otras cosas: **“que por parte del reverendo in Xpo. padre obispo de Canarias nos es hecha relación que por devoción e servicio de Dios nuestro Señor ha acordado de fazer edificar un hospital en tierra de la dicha villa entre la Venta de los Palacios e la Venta del Calabacino, hacia la parte de Guadalupe, donde los pobres se reparasen y albergasen , Por ende nos vos mandamos que, juntamente con el dicho reverendo señor obispo, vayáis a las dichas ventas e veáis el lugar do quiere fazer el hospital e le deis la tierra que fuere para ello en el lugar que le pareciere más conveniente**

do el dicho hospital se haga, contando que sea sin perjuicio de tercero alguno."

¿Conocía Diego de Muros el camino? ¿Lo conocía Cisneros? Es muy probable pues debió acompañar este último a los Reyes en alguno de sus viajes, y pudo apreciar las penalidades que pasaban los peregrinos por aquellos montes. Diego de Muros en su estancia en Canarias oiría hablar de Guadalupe a los que iban de paso por las islas camino de América. Por cierto por aquellas fechas regresaba Colón encadenado de su tercer viaje.

El escribano Sancho continua contándonos lo que pasó: "**E luego el dicho señor corregidor dixo que obedecía e obedeció al dicho mandamiento ... Con quanto al cumplimiento le dixo que estaba e esta presto de lo cumplir en todo e por todo, según que en él se contiene; ..."**

Cuando el corregidor tomó conciencia del lugar al que se refería el obispo para construir el hospital, como seguramente sería conocedor del sitio, pues habría estado de cacería o por pleitos entre los ganaderos de Villar y de Navalvillar por los pastos, o simplemente porque hubiera pasado hacia Guadalupe, quiso curarse en salud y preguntó al dueño de la Venta de los Palacios, **Juan Sánchez Burguilla**, si el sitio o lugar que el dicho señor obispo pide para levantar el hospital, es perjudicial para él, y además que le mande la contestación por notario. El ventero se fue a Navalvillar y solicitó los servicios del notario de este pueblo **Pero Díaz**, y por medio de él contestó al corregidor que no era perjudicial para la venta ni para los intereses de ninguna otra persona.

Con todo claro, pasados unos días se fueron para la Venta de los Palacios el corregidor, el escribano, el ventero y algunos vecinos de Talavera y allí se juntaron con otros de Navalvillar y llevaron a cabo la acotación del terreno que incluye el solar del hospital, una capilla y un huerto, de la manera siguiente: "**Que comenzó el dicho sitio desde un mojón que se fizo çerca de un arroyuelo frontero de un roble que está de la otra parte del dicho arroyuelo en el qual roble se fiçieron çiertas cruces; e del dicho mojón, como va el dicho arroyuelo arriva, se contaron dosçientos pies de largo, donde se fiço un mojón e del dicho mojón volvió por la dicha tierra fasta dar con una ladera donde están unas matas e robles pequeños donde se contaron en ancho otros dosçientos pies en quadra; e de allí volvió por la dicha ladera hacia la dicha Venta de los Palacios a afrontar en el dicho primer**

mojón que se fizo cerca del dicho roble de las dichas cruces, de manera que quedaron señalados para hazer el dicho hospital, e capilla e huerto".

En aquel lugar se construyó el Hospital que se denominó del Obispo, por ser su promotor el obispo D. Diego de Muros, obispo de Canarias como queda referido. El hospital, desde aquellos años ha pasado por diferentes vicisitudes, en un principio cumplía con su misión de amparar y dar cobijo a los peregrinos, que en determinadas épocas fueron muy numerosos, pero entró en decadencia con la decadencia de España a finales del siglo XVII y sobre todo a partir de la guerra de sucesión del XVIII. Se mantuvo en pie durante la francesada, pero su destino se desfiguró por completo con la desamortización de mediados del XIX. Ahí quedaron sus ruinas hasta finales del siglo XX como muestran las fotografías que adjunto a estas líneas.

Sus ruinas configuran el paisaje del Valle del Hospital, y el caminante que pase por allí lleva a la rastra el peso de la historia o “historias” de aquel lugar. Con estas líneas sólo quería dejar constancia de este hecho.

A Guadalupe llegamos cuando había anochecido, cuando estaban cerrando las puertas de la iglesia, pero nos permitieron pasar a ella y permanecer durante un instante mientras se apagaban las luces del “Camarín”.



Fachada sur (Fotografía tomada en agosto de 1976)



Fachada Norte (Fotografía tomada en agosto de 1976)



Fachada oeste (Fotografía tomada en agosto de 1976)

E.B.

Agosto, 2011